

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 766 Martes 27 de Junio de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ ¡Pobre Pablo Iglesias!, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ Epítetos y descalificaciones, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ El objetivo es Sánchez, *Juan Van-Halen*
- ✚ Momento decisivo, *Isabel Díaz Ayudo*
- ✚ Populismo de género, *Guadalupe Sánchez*
- ✚ El mundo, el demonio y la carne, *Ignacio Ruiz-Jarabo*
- ✚ ¿Inclusivo o excluyente?, *Joaquín Leguina*
- ✚ Algo sobre la Agenda 2030, *Alberto Buela*

¡Pobre Pablo Iglesias!

Emilio Álvarez Frías

Si uno tuviera capacidad para sentir una simple inclinación hacia él – nos referimos a Pablo Iglesias junior, claro está–, sentiría profundamente cómo va descarriando de un lugar a otro, intentando hacerse el líder de esto o aquello con resultados puramente negativos. Le falta caché. Le falta buena voluntad que supuestamente se le escapa por los poros. Le falta buena geta cuando habla, al menos como la que tuviera Geta, el emperador



romano que gobernó desde 209 al 211 que se fue para el otro mundo. Le faltan buenos sentimientos hacia los demás, pues solo se nota en él ambición personal. Le falta, aparentemente, haber rondado la lectura de la Biblia, cuando da la impresión de haberse introducido hasta la embriaguez en Marx, en Gramsci y en todos los autores y

manipuladores del comunismo y el marxismo, pues, con recuerdos de lo que Jesús de Nazaret fue regando por el país elegido, hubiera dulcificado algo las palabras de esos sórdidos pensadores, e, incluso, su forma de exposición de aquello que no coincide con los demás escritores políticos ni con las simple gente que los lee, pues chirria escandalosamente. Le faltaba corazón, esa

pieza del cuerpo humano a la que asignamos las propiedades de los sentimientos humanos, y el valor que le diera el poeta en su canto –«Si yo tuviera el corazón / ¡El corazón que di! / Si yo pudiera como ayer / Querer sin sentir»– resultaría diferente su comportamiento; porque la cuestión del corazón es básica para andar por el mundo. Le faltan muchas otras cosas que seguro él mismo sacaría a flote si dedicara algún tiempo a meditar en los jardines de su «dacha» de Galapagar. Entre ellas, le falta cerebro para analizar lo que lee, lo que ve, lo que pretende, para, encendiéndolo la bombilla, darse cuenta de aquello que no es posible, que es absurdo o que daña a la colectividad. Y en cuanto a lo que le sobra encontramos la soberbia que le domina, el deseo de ordenar a los demás para que hagan aquello que a él le apetezca o considera oportuno, y le sobra autocalificarse como una lumbrera en el ámbito político y un foco insustituible en la ideología comunista marxista.

No. Yo, modestamente, creo que está equivocado. Se ha sobrevalorado. Es claro de mente, pero no quiere decir que todo lo que haya detrás esté bien configurado. Se pasó cuando quiso interpretar que el 15M era su revolución



marxista. ¡Qué va! La gente ya estaba en otros andares cuando esto sucedió. Y es cierto que se pasaron aquellos chicos que se reunían en grupos para determinar qué tenían que hacer, como había que cambiar España, la interpretación de la cultura y un montón de cosas más que dejó en evidencia que no sabían qué querían,

cuando podían haberlo aprovechado bien dirigido. Pero no hubo líderes de verdad sino soñadores de un mayo parisino que ya había pasado deshaciéndose como la mantequilla en el fuego.

Por aquel entonces, andaban rondando por Hispanoamérica los descubridores



del fárrago bolivariano, algunos de los listillos de nuestras tierras espabilaron, imaginando que allí andaba su momento y se fueron como fieras a reciclarse y ver lo que se podía trincar. Y pretendieron absorber los flujos de Chavez, o la interpretación que de ellos hizo después Maduro, de donde parece solo captaron

el trincar, pues no despreciaron las dádivas que los hicieron para empezar su vida en España.

Por otro lado, las ambiciones personales no aportaron la cantidad de generosidad que hacía falta cuando se presentaron a las elecciones de 2019. Como al flautista de Hamelin le siguieron gentes ignorantes, desconocedores de la historia reciente, o seguidores de la guerra que no fue como la pintaban, que querían comerse el mundo sin saber cómo, –admitamos que con buena voluntad–, y los fue machacando poco a poco con su ambición.

Como ha venido demostrado, es incapaz de hacer las cosas bien. Le cuelan en la Universidad sin los méritos necesarios para dar clases, y consigue media docena de alumnos que se apuntan con él para que los apruebe y pasar una asignatura; pisa la radio y, dada su simpatía, no prospera demasiado, como le sucede en las emisoras de televisión que consigue poner en funcionamiento, que no dejan de ser un bodrio de chillones desquiciados y enloquecidos, donde, al parecer, acumula una buena deuda... que quizá tenga que liquidar vendiendo el Casoplón de Galapagar que comparte con su compañera Irene, otra lumbrera.

Visto lo visto, lo mejor que podía hacer era largarse a Venezuela, a Cuba si le admiten, y dejar de llorar. Aprovecha lo que te queda, Pablo. Vende la mansión de Galapagar y ve a hacer fortuna con los bolivarianos, que te quieren.

Epítetos y descalificaciones

Manuel Parra Celaya

Tengo un gran amigo que, cuando en el curso de un debate es tildado con algún epíteto o descalificación de las que acostumbra a usar el Sistema hacia los que se apartan de sus dicterios, utiliza una frase proverbial: «¡Mientras no me llames lo que eres tú...!», ante cuya respuesta el rabioso oponente, nada dialogante por definición, no sabe qué responder.

Todos sabemos que está al orden del día el empleo de esas *palabras-policía*, muchas veces más eficaces que la GPU y la Gestapo juntas; esas palabras tienen la misión de amedrentar al adversario, de hacer inútiles sus argumentos, de anularlo ante la concurrencia; ese adversario calificado de esta forma suele ser el que no comulga con los *dogmas* impuestos: así, son de abundante empleo los términos *reaccionario, conservador, fascista, franquista, ultraderechista...*, con todas las variantes posibles, y del mismo modo las que se derivan de la múltiples *fobias* que la *Corrección Política* ha inventado o inventa cada día. Basta con ser tildado de esas maneras para que cese la racionalidad y el diálogo como base de la convivencia. Un ejemplo, nada ingenioso por otra parte, es el de la ocurrencia del presidente Sánchez para atemorizar a sus posibles detractores –de fuera y de dentro– con la acusación de «*la extrema derecha y la derecha extrema*», que ya ha quedado como eslogan facilón para realzar los muchos *méritos* contraídos en su gestión.



Pues bien, en el editorial de *La Vanguardia* del sábado 24 de junio, su director, el Sr. Jordi Juan, me ha dejado en la terrible duda de si, definitivamente, un servidor queda encuadrado en la *extrema derecha* (obsérvese, por otra parte,

que nunca se emplea el término *extrema izquierda* para calificar el otro polo político).

En el mencionado editorial, el Sr. Juan se escandaliza de que «*un partido como VOX se permita colgar en una céntrica calle de Madrid una lona donde se propone tirar a la basura los símbolos del feminismo, del comunismo, de la Agenda 2030, de la comunidad LGTBI o del independentismo*», y termina con la tremenda frase de que «*quien vota a Vox sabe perfectamente lo que está votando. Y no le demos más vueltas*». Curiosamente, encierra un cumplido para este partido y sus votantes, pues, a diferencia de muchos, se trataría de un voto consciente; pero es evidente que no es esta su intención... Lo dijo Blas y punto redondo.

Resulta que uno, que no tenía el voto decidido, discrepa en profundidad de las tesis del feminismo (del radical, pues el otro me parece bien), del comunismo (por supuesto), de la Agenda 2030 y su letra menuda, de la confusa amalgama LGTBI y, por encima de todo, del separatismo identitario (llamemos a las cosas por su nombre). Los motivos proceden de mis conocimientos políticos –que no son muchos, pero, decía alguien, los uso– y de mis creencias, ideas y valores; entiendo que la actual controversia –llamada *combate cultural*– va mucho más allá de la política concreta, para adentrarse en los ámbitos de la ética y de la antropología. De esta forma, soy incluido, velis nolis, en ese confuso magma de la *extrema derecha*, cuando estaba convencido de que mis posiciones no eran tales.



De entrada, me sigue resultando anacrónico y falso la esquizofrenia entre derecha e izquierda, pues, siguiendo a Ortega, entiendo que son formas de *hemiplejía moral*; igual que sus posibles *extremas*, que no son más que apéndices de esta vetusta clasificación. Considero que es inseparable la valoración de lo histórico, lo cultural y lo espiritual de la imperiosa necesidad de buscar caminos para una sociedad más justa y más libre, y, de paso, para *autenticar la democracia*, que tal mal parada la está dejando la partitocracia al uso.

Estos días he estado en Madrid, pero no he visto la pancarta o lona que dice el Sr. Juan; por el contrario, he asistido a unas jornadas de diálogo e inteligencia donde dialogaban personas de izquierda o de derecha (por seguir con los tópicos), y se hablaba de España, de su unidad, de los valores de la convivencia, de la historia y de la Transición; y nadie era tildado con *palabras-policía* por sus opiniones.

El gran maestro de periodistas que era Enrique de Aguinaga decía que *La Vanguardia* era un gran periódico, aunque discrepase de su línea; mejor di-

cho, de sus líneas, históricamente tan cambiantes (franquista, dinástico-juanista, juancarlista...), actualmente, proclive a las veleidades de la oligarquía catalanista, que es, en el fondo, la que *especula con la sentimentalidad del pueblo catalán*, promocionando el identitarismo nacionalista; claro que se puede disculpar por las generosas dádivas que recibe de las haciendas autonómicas, que le permiten, por ejemplo, regalar sus ejemplares en catalán por las Universidades.

También decía el recordado Aguinaga que el crucigrama de *Fortuny* que incluye en sus páginas era el mejor de España, y en ese punto coincido plenamente con él. En consecuencia, seguiré siendo un fiel seguidor de *Fortuny* y de su crucigrama, pero no así de la línea del periódico y, mucho menos, de la opinión de su director que, en el editorial firmado, me ha incluido graciosamente en esa corriente difusa de la *extrema derecha*.

El objetivo es Sánchez

En Extremadura ha ganado reiteradamente la izquierda; el votante se cansa y, después de lo visto, también se desencanta. Guardiola debería haber sido más prudente y Gordillo más realista

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Las dos derechas, una más templada y centrista y la otra más radical y rampante, ambas constitucionalistas, parecen olvidar a veces el principal objetivo del 23-J. Una felicidad imprevista para quienes tratan de cargarse la Constitución y el sistema que tenemos, compañeros de Sánchez en el camino político que hemos padecido los últimos años, a los que se añadiría Sumar, ese camarote de los hermanos Marx. El PSOE es ya sólo una máquina personalista de Sánchez para mantener el poder.

En la crisis extremeña no descarto una intención táctica aunque equivocada. Guardiola prometió no gobernar con Vox y sumó un aluvión de antiguos votos de izquierda. Abascal esconde la verdad cuando dice que se niega «a dar su apoyo gratis». De gratis, nada. Vox no aceptó lo que le ofreció el PP: la presidencia y dos puestos en la Mesa de la Asamblea incluyendo el senador autonómico. El partido de Feijóo tiene 28 diputados mientras Vox cuenta con 5.



Los pactos han de ser proporcionados a los apoyos recibidos. Comparar los casos de Valencia y Extremadura es una falacia. En Aragón y Baleares han triunfado los pactos porque cada derecha sabía dónde estaba. Y lo aceptaba. La intervención de Buxadé, enviado de Abascal, resultó letal. No fue pacificador sino enredador.

Tras las navajas cachicuernas esgrimidas en luchas entre Podemos y Sumar resulta desalentador que las derechas caigan en un cainismo que puede repercutir en las elecciones generales convocadas después de una enorme derrota electoral socialista. El objetivo básico de los votantes de derechas fue – y es– claro: expulsar del poder a Sánchez. Coinciden con ellos no pocos votantes escarmentados de la izquierda. Es incomprensible que ciertos dirigentes de las derechas ganadoras olviden ese objetivo. A veces se trata de enfrentamientos personales entre responsables regionales de partidos, debidos a la soberbia o a la inexperiencia. Desatienden el mensaje de los ciudadanos.

En estas vísperas electorales los líderes de las derechas deberían medir especialmente lo que dicen. Escuché a un alto dirigente del PP en un medio hostil. Fue naturalmente preguntado por la violencia machista o la violencia de género, una trampa brindada a la izquierda en este caso por el número dos de Vox en Valencia. Esperé una respuesta que reafirmase que la violencia machista, de género, o como se quiera, tiene su referencia principal en las consecuencias nocivas de la Ley de Garantía Integral de la Libertad Sexual, la llamada del «sólo sí es sí», aprobada por un Consejo de Ministros presidido



por Sánchez y de la que el propio presidente dijo que sería un ejemplo para el mundo, aunque ahora tenga amnesia. Ya nos ha dicho que él no miente, sólo cambia de opinión.

Más de mil cien rebajas de penas y más de cien ex-carcelaciones se deben a la ley del «sólo sí es sí», ese farragoso churro legal. La promotora de la

ley, ministra no por sus sabidurías legales o de gestión sino por otras sabidurías, no fue cesada ni dimitió y la ley pudo ser reformada gracias al voto del PP, porque los parlamentarios de Podemos, desde la ministra responsable a Yolanda Díaz, votaron en contra de reformarla.

Lo sucedido en Extremadura es un grave error achacable principalmente a Ángel-Pelayo Gordillo, el dirigente de Vox que se empeñó, con 5 escaños, en presidir la Asamblea y entrar en el Gobierno. Y con la actuación calamitosa de María Guardiola. Tiene difícil arreglo. Que PP y Vox permitieran una mayoría de izquierdas en la Mesa de la Asamblea supone desconocimiento. Presidí la Asamblea de Madrid y sé bien lo que se decide en una Mesa parlamentaria, desde tiempos y calendarios hasta comisiones de investigación. Y una repetición electoral es un riesgo demasiado grande. Vara lo sabe. En Extremadura ha ganado reiteradamente la izquierda; el votante se cansa y, después de lo visto, también se desencanta. Guardiola debería haber sido más prudente y Gordillo más realista.

Que las derechas olviden el objetivo principal del 23-J, que no es otro que sacar democráticamente a Sánchez de la Moncloa, supondría un fallo de perspectiva. Deberían invocar machaconamente las consecuencias de la ley del «sólo sí es sí» y la consentida okupación. Son, con la débil economía familiar, problemas que han calado en el pueblo soberano que vota y no olvida. Si no le decepcionan o le distraen.



Isabel Díaz Ayuso: «En este momento decisivo para España hay que encontrarse con Vox pese a discrepar»

«El ejemplo de Andalucía debería enseñarnos a no perder oportunidad en Extremadura... Sería una pena que no consiguieran el cambio»

Populismo de género

«Recuperar la salud democrática pasa por reivindicar el debate frente a quienes, en nombre de consensos engañosos, han legitimado la politización del dolor»

Guadalupe Sánchez (*El Subjetivo*)

Licenciada en Derecho, abogada en ejercicio

Dijo Margaret Thatcher que la confrontación de opiniones es la materia de la que se compone la democracia. Frente a los regímenes autocráticos que no admiten en el espacio público versiones alternativas a la que emana de la oficialidad, los Estados democráticos y de derecho se erigen en garantes del pluralismo político, por ser el cauce idóneo para que la voz de los ciudadanos electores llegue a las instituciones.

Por eso me preocupa profundamente la pulsión totalitaria, cada vez más arraigada, de hacer pasar por consensos lo que en realidad no son más que dog-



mas que se instrumentalizan políticamente para deshumanizar al que disiente o plantea razonadamente sus dudas.

Efectivamente, el feminismo o la ciencia climática se han convertido en el pa rapeto idóneo para catalizar profundos cambios sociales y legales que no admiten crítica o

contestación, so pena de cancelación y/o muerte civil: rechazar decrecer para

combatir el cambio climático o cuestionar el posible origen intencionado de un incendio te convierte en un negacionista. Reprobar determinados aspectos y efectos de la ley de violencia de género, por muy palmarios que sean, te transforma en un peligroso machista, en el abanderado de un mundo donde las mujeres malviven sin derechos, sometidas al yugo patriarcal.

El recurso a estas falacias no obedece únicamente a un rechazo por el debate, sino también al miedo que genera en algunos el tener que prescindir de una herramienta electoral poderosa que permite distraer la atención del personal cuando sea menester. Porque que nadie se lleve a engaño: esta insistencia partidista de poner el foco de la campaña electoral en la violencia de género obedece mucho más al oportunismo que a una preocupación sincera por la situación de las víctimas o los elementos cuestionables de la ley.

Hasta tal punto está llegando la desvergüenza que en determinados ámbitos de la izquierda no han dudado en recurrir al machismo –al que personifican en Vox– para justificar sus amorales pactos de gobierno con un partido que integra en sus listas a terroristas condenados. Afirman sin sonrojarse que mueren más mujeres a manos de sus parejas que víctimas mortales provocó ETA con sus atentados.

La miseria moral está alcanzando cotas difíciles de superar. Hay quienes aprovechan sus portavocías mediáticas para argumentar a favor de la reinserción de asesinos sanguinarios como Txapote –que habría pagado sus deudas con la sociedad–, mientras claman al cielo porque el cabeza de lista de Vox en Valencia resultara condenado hace unos treinta años por insultar a su mujer, de la que se estaba divorciando. ETA ejecutó fríamente a mujeres y niñas, pero la exclusión del móvil del género asiste a los mezquinos que precisan acallar sus conciencias.

Yo me alegro de que la irrupción de Vox en consejerías y concejalías sirva para poner sobre la mesa debates que estaban en la sociedad pero que desde las instituciones se han empeñado en silenciar, como el de la violencia de género. Aunque no les niego que, cuando escucho a políticos y medios abordar



este tema –en uno u otro sentido– me quedo con la amarga sensación de que se limitan a repetir eslóganes y que, llegado el caso, serían incapaces de fundamentar su postura.

Pero más allá del lema o de la pancarta, subyace una realidad jurídica y social que se ha acallado durante demasiado

tiempo: es imperativo reformar determinados aspectos sustanciales de la ley de violencia de género. Para empezar, es irracional imponer el machismo como la causa subyacente tras cualquier agresión sufrida por una mujer a manos de su pareja o expareja. La violencia rara vez es monocausal y que se desprecien factores como la enfermedad mental o las adicciones es del todo

punto contraproducente, tanto desde el punto de vista de la prevención delictiva como del de la asistencia y reparación a la víctima.

En segundo lugar, ha de acabarse con la asimetría penal que determina penas mayores para los varones no en atención a la gravedad del acto cometido, sino al sexo del autor. La entidad del delito es la que debe determinar la proporcionalidad del castigo, no la biología.

Como resultado de lo anterior, habrá que reformar también las competencias de los juzgados de violencia contra la mujer. Dado que lo que la determina es la relación entre el sujeto activo y el sujeto pasivo del delito, deberían pasar a conocer también de aquellas agresiones cometidas por parejas del mismo sexo, no sólo de aquellas cuyo autor sea un varón y la víctima una mujer.

En tercer lugar, planteo la necesidad de dar una respuesta al ingente número de denuncias instrumentales que atascan los juzgados, se usan torticeramente para conseguir ventajas en los procesos de separación o de divorcio y, además, distraen recursos valiosos para las verdaderas víctimas. Hay que poner coto a esta práctica deleznable que, en no pocas ocasiones, promueven compañeros abogados o asesores a sueldo de la administración.

Y no quiero dejarme en el tintero la presunción de inocencia, cuya dimensión extraprocesal a menudo se olvida cuando el delito imputado es el maltrato. Los protocolos policiales que se activan por violencia de género son a menudo desproporcionados y excesivos. Por no hablar de que hemos normalizado que políticos y medios de comunicación condenen a los detenidos aun cuando no haya mediado ni juicio ni sentencia.

Soy consciente de que se trata de propuestas que me exponen a ser etiquetada con calificativos peyorativos, cuando no linchada. Pero recuperar la salud democrática pasa por reivindicar la necesidad del debate y de la reflexión frente a quienes, en nombre de consensos engañosos, han legitimado la politización del dolor.

El mundo, el demonio y la carne

Ignacio Ruiz-Jarabo (*Vozpópuli*)

En una cena de antiguos amigos de la infancia a la que asistí el pasado viernes, uno de los asistentes nos sorprendió declarándose vegano, y más aún al justificarlo de modo irónico, manifestando que él seguía recordando que en clase de Religión le enseñaron que la carne era uno de los tres enemigos del hombre. Por eso no ingería alimentos animales. Tras la risotada, alguien le siguió la broma recordándole que otro de los enemigos era el mundo por lo que, deducía, el declarado vegano tampoco leería nunca el diario publicado por Unidad Editorial. Finalmente, un tercer asistente recordó que, junto al mundo y la carne, el tercer y último enemigo del hombre es el demonio y lanzó una pregunta al aire ¿Quién es hoy para vosotros el demonio? La respuesta fue unánime y vino a revelarme que la extensión del rechazo social a Pedro Sánchez es incluso superior a la que es posible imaginar.

A partir de entonces se inició un turno general en el que cada uno fue expresando el principal motivo que le impulsaba a utilizar su voto del 23 de julio para que se produjera un relevo en la presidencia del Gobierno. Fueron varios los que señalaron que era el récord de mentiras alcanzado por Sánchez, lo que les impulsaba a desear su derrota. Ciertamente, el reciente inventario hecho público por Carlos Alsina les ahorró la tarea de recordarnos todas y cada una de las veces en las que Sánchez ha mentido a la sociedad española, haciéndose acreedor a su fulminante expulsión de la casa en la que habita.

Otro grupo de asistentes, sin dejar de mostrar su cabreo por haber sido engañados tantas veces por el presidente del Gobierno, se afanaron en explicar que Sánchez no debía seguir presidiendo el Gobierno por los peligros que ello conlleva para España. Recordaron que en esta legislatura, y por mante-



nerse en su poltrona, había hecho todas las concesiones necesarias a los extremistas de izquierda, a los independentistas golpistas y a los herederos políticos del terrorismo. Y pronosticaron que su actuación en la próxima legislatura sería similar con el agravante de que la frontera de la concesión avanzaba cada vez más, apo-

yando su pronóstico en la futura exigencia de un referéndum de autodeterminación en Cataluña que ya ha sido anunciada por ERC y que contaría con el seguro apoyo –ya anunciado– de buena parte de las fuerzas agrupadas en Sumar. Es el caso de los comunes de Ada Colau, Izquierda Unida, Podemos... Sin el voto de los anteriores, es imposible que Sánchez logre su objetivo de permanecer en La Moncloa de manera que, concluyan, España se la juega el 23 de julio.

Por último, un tercer grupo de asistentes optaron por basar su deseo de la derrota de Sánchez en motivos más prosaicos, los económicos. Combatieron primero el triunfalismo del Gobierno afirmando que en buena medida responde al maquillaje estadístico. Junto al ya consabido fraude oficial en las cifras de empleo por el efecto de los fijos discontinuos, por el testimonio de uno de los asistentes, que es funcionario del INE, pudimos enterarnos que el dato oficial del descenso de la inflación también está debidamente cocinado por el Gobierno. Nos explicó que, desde el 1 de enero, en el cálculo de la evolución del IPC se da menos peso a los precios de la alimentación –antes, el 22,6%; ahora, el 19,6%– y de la vivienda –antes, 14,2%, ahora, 12,9%–, cambios que han provocado que el descenso reflejado por el índice oficial de la inflación sea escandalosamente artificial. No dábamos crédito a lo que escuchábamos. Se le preguntó: ¿De manera que como está subiendo sideralmente el precio de los alimentos, el Gobierno ha decidido reducir su ponderación en el IPC para que la inflación oficial no suba tanto? Así es, respondió, y exactamente igual con el precio de la vivienda ¡Pero son unos golfos! fue el clamor general. Pues eso. Siguió el estadístico criticando el triunfalismo con el que

nos venden el actual crecimiento económico de España ¿Os imagináis un atleta que llega el último a la meta, pero al ser enfocado por las cámaras realiza un sprint para la galería? Pues ése es el Gobierno que, tras su «logro» de llevar a España a ser el último país de la UE que ha alcanzado su nivel de PIB prepandémico, presume ahora de la previsión de crecimiento del 2,3% para este año. Sucede que cuando el Gobierno presentó los Fondos Europeos anunció que, por sí solos, supondrían un aumento anual del 2% del PIB. Haced las cuentas, nos dijo, ¿Cuánto crecimiento se debe entonces al tándem Sánchez-Calviño? Un exiguo 0,3%. Ese, y no otro, es el resultado de su acción de Gobierno, aunque nos vendan lo que nos quieran vender. Además de haber provocado que, por el brutal endeudamiento al que han conducido a España, cada español vaya a sufrir en 2.023 el pago de 1.000 euros por los intereses de la deuda ¡Mil euros por cabeza!

A propuesta de un asistente, el debate se trasladó desde la macro a la micro. Y ahí, al narrar cada uno su propia situación y experiencia, el panorama se ensombreció aún más. Uno era un agricultor que se quejaba de cómo los postulados de la Ley Planas en orden a evitar la venta a pérdidas de sus productos eran ciencia ficción y de que la supresión del Plan Hidrológico había supuesto que su explotación agraria quedara inerte frente a la sequía. Otro declaró ser



un parado de larga duración que llevaba diez meses guerreando con la burocracia estatal sin conseguir que se le reconociera el derecho a percibir el Ingreso Mínimo Vital. Un tercero manifestó que sus dos hijos tenían suscritos sendos contratos fijos discontinuos con dos empresas distintas, pero ambos llevaban meses en su casa esperando acceder a un puesto de trabajo real.

Un cuarto nos expuso que él era autónomo y que sufría un trato fiscal devastador, pues tras pagar los impuestos y las cuotas sociales, sus ingresos netos eran inferiores al salario mínimo interprofesional. Un quinto, ganadero, nos relató que el cumplimiento de todos los nuevos controles y requisitos que se le imponían unido al aumento de sus costes, le obligaba a cerrar su explotación. Un sexto, residente en Valencia, narró que acababan de fallecer sus padres y que, para pagar el Impuesto sobre Sucesiones, había tenido que malvender a toda prisa la vivienda heredada en la que había nacido y se había criado. Un séptimo compartió con nosotros el calvario que había sufrido soportando una inspección tributaria de la AEAT. Según expuso, las huestes de M.J. Montero le habían practicado una liquidación irreal y abusiva que, evidentemente, no pudo pagar, por lo que le habían embargado la vivienda familiar y una parte de su sueldo. Al cabo de cuatro años, acababa de ganar el caso en los Tribunales, pero describía con amargura el calvario que le habían supuesto estos cuatro años sufriendo las consecuencias de una decisión administrativa ilegal. El último interviniente confesó que había realizado unos sencillos cálculos por los que había descubierto que

la decisión de Sánchez y M.J. Montero de no deflactar el IRPF le había supuesto una subida del 12%

Al final de la cena todos estábamos de acuerdo. No había duda, junto al mundo y la carne, fueran estos los que fueran, el tercer enemigo del hombre –español– era Sánchez. Teníamos que aprovechar la oportunidad que se nos presenta el 23 de julio para quitárnoslo de encima.

¿Inclusivo o excluyente?

«Lo que el neofeminismo pretende y no sólo en el lenguaje es imponernos una ideología supremacista y discriminatoria que parte de unos hechos inexistentes»

Joaquín Leguina (*el Subjetivo*)

Licenciado en CC. Económicas

El pensamiento políticamente correcto tiene variadas expresiones en torno a cuestiones como raza, género, cultura, discapacidad, medio ambiente, derechos de los animales, etc. Como rasgos fundamentales y constantes del fenómeno cabe enumerar, en una lista no exhaustiva, el establecimiento de códigos de expresión lingüística, la discriminación positiva, el multiculturalismo, y el proyecto de repensar las formas en que se hace y se enseña la historia y las ciencias sociales.

Respecto al llamado uso inclusivo del lenguaje basta con leer un trozo de la Constitución Bolivariana de Venezuela para entender el destrozo que pretende imponer a nuestra lengua el mandato feminista:

«Sólo los venezolanos y venezolanas por nacimiento y sin otra nacionalidad



podrán ejercer los cargos de Presidente o Presidenta de la República, Vicepresidente Ejecutivo o Vicepresidenta Ejecutiva, Presidente o Presidenta y Vicepresidentes o Vicepresidentas de la Asamblea Nacional, magistrados o magistradas del Tribunal Supremo de Justicia, Presidente o Presidenta del Consejo Nacional Electoral, Procurador

o Procuradora General de la República, Contralor o Contralora General de la República, Fiscal General de la República...».

Como se ve, un galimatías insufrible.

Ahora la periodista María Serrano nos informa de un estudio realizado en la Universidad de San Andrés (Argentina). Para llevar a cabo la investigación, los profesores responsables del experimento realizaron pruebas con 70 hablantes de lengua materna española y contrastaron sus tiempos de lectura de textos con y sin lenguaje inclusivo.

El experimento mostró que todos los participantes leyeron las oraciones con lenguaje inclusivo más lentamente que aquellas con masculino genérico y el esfuerzo requerido para procesarlas fue mayor. La conclusión del estudio es que el lenguaje inclusivo se procesa peor sin importar la edad del lector.

Los inclusivos consideran que los plurales en –o forman parte de un lenguaje sexista y para evitarlo proponen las variantes con la -e (que no existe en nuestro idioma) o la -x (ilegible e impronunciable), generando un conflicto donde no lo había.

Hace ya bastantes años el académico de la Española Ignacio Bosque abordó estos penosos temas y dejó escrito que un buen paso hacia la solución del problema de la visibilidad sería reconocer, simple y llanamente, que, si se aplicaran las directrices propuestas por el neofeminismo no se podría hablar. Y añadía: «Precisamente ahora que se trabaja para que el lenguaje de los textos jurídicos se acerque al español común, las propuestas para visibilizar a la mujer en el idioma parecen encaminarse en el sentido opuesto».

¿Pero es sexista el lenguaje? Tres ejemplos servirán para demostrar que, en efecto, el lenguaje puede ser sexista:

- a) Los directivos acudirán a la cena con sus esposas.
- b) En el automóvil accidentado viajaban dos suecos con sus mujeres.
- c) Los británicos prefieren el té al café y las mujeres rubias a las morenas.

Con un mínimo de sensibilidad y de sentido común, el sexismo puede evitarse sin tener que recurrir a los corsés que se pretenden imponer.

Lo que el neofeminismo pretende y no sólo en el uso del lenguaje es imponernos a todos una ideología supremacista y discriminatoria que parte de unos hechos inexistentes, como lo es señalar a todos los varones como asesinos en potencia y machistas a machamartillo. De igualdad de derechos no quieren saber nada puesto que los varones nunca tienen la razón y ellas siempre. Con frecuencia he oído que esto del neofeminismo es una moda que pasará. Pues ojalá, pero mientras eso llega habrá que denunciarlo por mentiroso y discriminatorio. Claro que estas aberraciones lingüísticas no son nada si las comparamos con la eliminación de la presunción de inocencia en las denuncias por violencia de género.

Algo sobre la Agenda 2030

Alberto Buela

Filósofo. Argentina

Legó a mis manos, gracias a un sindicato, el texto completo de la Agenda 2030 redactado y promovido por los burócratas, mejor sinarcas, de las Naciones Unidas para imponer a todas las naciones en vías de desarrollo un programa a realizar.

Argentina lo aceptó en diciembre del 2015, apenas asumido el gobierno neoliberal de Macri, que se comprometió «a realizar los ambiciosos objetivos mundiales»(sic)

La agenda 2030 está dirigida exclusivamente a los países en vías de desarrollo y nada dice sobre los países desarrollados.

Consta de 17 objetivos donde se destacan el 5 sobre la igualdad de género, el 10 sobre reducción de las desigualdades y el 17 sobre la alianza mundial para el desarrollo sostenible. Todo el documento está escrito en un lenguaje lavado, aburrido y políticamente correcto que se hace inobjetable a la conciencia del hombre común.

De entrada nomás, en la introducción, plantea «la igualdad sin discriminación de ningún tipo (por sexo, color, edad, idioma, religión, creencias, cultura, posición económica, origen social o étnico, discapacidad, salud o apariencia física, entre otros)»

Esta definición ideológica recorre todo el documento y se reitera varias veces hasta en el último punto, el 17: «apoyar la capacidad de creación en los países en desarrollo para aumentar la disponibilidad de datos oportunos y fiables separados por sexo, edad, raza, origen étnico, estatus migratorio, discapacidad y ubicación geográfica».

La interpretación que nos permiten estos dos párrafos destaca que detrás de «la noble igualdad» como dice nuestro Himno Nacional se esconde, se camufla la ideología del igualitarismo, aquella que nos dice que todo somos iguales y que nuestra definición como personas es «la de todos por igual», cuando en



realidad somos todos distintos. Eso se ve no solo en la cara de cada uno sino en la dignidad, que designa las dotes y capacidades personales que nos distinguen a uno de otro.

El error del igualitarismo es que ignora o silencia los méritos y los deberes, sobre los cuales la Agenda 2030 no dice nada.

El segundo párrafo muestra a las claras que el objetivo es el control de los países desarrollados a través de los datos «oportunos y fiables» que proveyeran los países en vías de desarrollo.

Comienza el documento hablando de erradicar la pobreza, el hambre y la enfermedad con lo que nadie puede estar en desacuerdo. En el punto 4 cuando habla de educación nada dice acerca de la educación religiosa a la manera de un documento ilustrado del siglo XVIII. En el punto 5 hablando del género adopta las propuestas de la conferencia de mujeres de Beijing (1995). Lo que supone la adopción de toda la ideología LGTB+Q.

Sigue la misma monserga insulsa en los puntos 6, 7 y 8. En este último se ocupa del trabajo donde propone *«trabajo decente para todos... que los países crezcan al 7% anual... pleno empleo... reducir la cantidad de jóvenes sin trabajo... poner fin a las formas de esclavitud... la utilización de niños soldados... fortalecer la capacidad de las instituciones financieras (?) para fomentar el acceso a todos»*.

Cuando las instituciones financieras en Argentina han destruido el aparato productivo nacional. No más niños soldados cuando estos se han multiplicado con la expansión del narcotráfico. Dicho sea de paso no hay ni una palabra de condena a tan nefasta actividad. Trabajo decente cuando 3 de cada 10 asalariados formales son pobres (informa UCA junio 2023). Crecimiento al 7% cuando no llegamos ni al 1%.



Los puntos que siguen hasta el final del documento proponen una industrialización sostenible, por ej. reemplazo del petróleo por energía eólica, sin decir que esto so-

mete a la pobreza a los países productores de petróleo como Colombia o Venezuela. Esto se denomina ideología verde. Ya Petro, el progresista presidente de Colombia compró la oferta.

Facilitar la migración ordenada cuando de hecho siempre ha sido desordenada y no se puede controlar. Si no miremos a Europa que con todos los recursos que tiene no puede controlar la millonaria invasión musulmana. Controlar el cambio climático y conservar y utilizar en forma sostenible los océanos, los mares y los recursos marinos para el desarrollo (punto 14), cuando los océanos son depredados por barcos chinos, noruegos, españoles y japoneses sin ninguna sanción porque no hay poder sobre la tierra que los castigue, y pretenden que los países subdesarrollados como el nuestro, que casi no tiene barcos, explote los recursos marítimos en forma sostenible.

Este documento de la Agenda 2030 es una burla a la sana inteligencia, que bajo la mascarada de «productor de sentido», esconde un programa de dominación maniobrado desde los centros de poder mundial, Una verdadera bazofia.